

María y su obediencia en el dolor

Inicio de la Semana Santa, semana de la pasión y la redención, tiempo santo del amor y del sufrimiento.

“Dadme un punto de sostén y levantaré al mundo de sus quicios”, dijo un sabio griego. En la vida de Jesús es la CRUZ, por la cual y desde la cual elevó a todo el mundo al corazón de Dios Padre. También en la vida de María la cruz ocupó y tuvo una importancia singular.

Durante todos los años de su vida, María se encaminaba a la cruz, en la espera de aquella “hora” anunciada por su Hijo. La cruz es el eje angular desde donde María, en y con Cristo, eleva nuestro corazón al Padre.

Ella es la Compañera de Cristo, compañera durante toda la obra de la redención. Así no nos queda otra cosa que ponernos en manos de María durante esta Semana Santa y dejar que Ella nos guíe desde las alturas del Gólgota. Nadie puede compartir con mayor profundidad la pasión de Cristo como Ella, su Madre: aquella que en su corazón sufrió con Él todos los dolores, angustias, tormentos y agonía.

Si respondemos con seriedad y buena disposición a su deseo de guiarnos, podemos estar seguros que esta semana santa nos traerá abundancia en gracias y no perderá su sentido santo. Solo necesitamos caminar con María y contemplar su senda de dolor unida a Cristo: entonces solas vendrán las conclusiones y propósitos prácticos.

Obediencia en el dolor. Su camino de la cruz comienza con la hora de la Anunciación: Cuando Ella acepta su nueva tarea de ser Madre de Dios, diciendo su “FIAT” - Hágase en mí según tu palabra. Sabe que su Fiat no es el Sí de una hora, sino el Sí de toda una vida. De ahora en adelante, todo su amor, su entrega y su fidelidad se

Una esclava, por lo común, lleva una vida oculta, de renunciamentos, abnegación y sacrificios. María es la Esclava del Señor: solo a Él obedece, sólo a Él está sometida. Y esta obediencia la lleva ya muy pronto hacia el sufrimiento, hacia duras pruebas.

Primero su situación difícil frente a su prometido José a quien no puede explicar lo que le ha pasado. Recién cuando el mismo ángel del Señor le aclara a San José lo ocurrido, cesa la tensión. Después el nacimiento de su Hijo en la soledad y en la miseria de un establo. Y como primer resultado del nacimiento del Salvador, la matanza de los Inocentes. Y María tiene que huir de noche con su familia, dejar su patria y vivir en un país extraño como refugiados,

Cuando escuchó la predicción del viejo Simeón: “Una espada atravesará tu alma”, seguramente se preparó para sufrimientos grandes, aun cuando no conociera de antemano en qué consistirían.

Después su Hijo de 12 años le contesta de un modo tan seguro y desconcertante: “¿No saben que yo debo ocuparme de las cosas de mi Padre?”

María no pudo comprenderlo entonces. Era una experiencia muy dolorosa para su corazón de Madre. Pero siempre estuvo dispuesta a seguir dócilmente cualquier manifestación de la voluntad del Padre.

Y aquella vez, cuando preocupada por Jesús quiere salvarlo de las amenazas de sus enemigos, debe oír de sus labios: “¿Quién es mi madre? Aquel que hace la voluntad de mi Padre...”. María acepta este rechazo aparente, aunque no fuera respuesta alguna al afecto de su preocupación maternal. Bajo la figura de un rechazo, Cristo, en realidad, la ha ensalzado por sobre todo: ese quien hace la voluntad del Padre es Ella. Pero la manera de decirlo es tan dura que hiere su corazón maternal.